

La Lucha

Aparece los días 10, 20 y 30 de cada mes.

Suscripción anual, 5 ptas.—Paqueteros, 10 ctms. ejemplar.—Pago adelantado, 8 ctms. ejemplar.

América y Portugal, suscripción anual, 6'50 ptas.—Número suelto, 20 ctms.—Paqueteros, 15 ctms. ejemplar. Pago adelantado, 12 ctms.

Demás países, suscripción anual, 8'50 ptas.—Número suelto, 25 ctms.—Paqueteros, 18 ctms. ejemplar. Pago adelantado, 15 ctms.

Publicación Cultural, Progresista, Regeneradora, Pedagógica y de Crítica Religiosa.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Gra. Barcelona, 48.

Precio, 15 ctms.

FECUNDIDAD

En ciertas comarcas, cuando el labrador quiere fecundar su campo, emplea algunas veces un medio enérgico: toma un caballo, le abre las venas y, latigo en mano, lo lanza por los surcos; el caballo corre sangrando a través del campo, que se extiende bajo sus patas vacilantes; la tierra que pisa se enrojece, cada surco bebe su parte del líquido. Cuando, agotado, cae con el estertor de la agonía, se le fuerza a levantarse, a dar el resto de su sangre a la tierra ávida, sin guardar nada para sí. Al fin, se desploma por última vez; se le sepulta en el campo rojo aun: toda su existencia, todo su ser pasa a la tierra rejuvenecida. Esta simiente de sangre se convierte en una riqueza: el campo así nutrido abundará en trigo, en beneficios para el labrador.

Las cosas no pasan de otro modo en la historia de la humanidad. La legión de los grandes infortunados, de los mártires ignorados o gloriosos, todos esos hombres cuya propia desgracia labra el bien de los otros, todos esos que han sido obligados al sacrificio o que lo han buscado ellos mismos, fueron a través del mundo sembrando su vida, vertiendo la sangre por sus costados entreabiertos como de una fuente viva: han fecundado el porvenir.

GUYAU.

El Opio del Pueblo

Esta publicación, que en ninguna manera se ha vuelto atea, inserta hoy el trabajo *El Opio del Pueblo*, que le ha sido remitido por su propio autor, para que los ciegos puedan ver la apreciación que hoy, en general, se hace de la religión.

Es inútil que los que hoy todavía se titulan religiosos, y que lo son más o menos sinceramente, escondan la cabeza debajo de las alas, a semejanza de los avestruces, creyendo que así ahuyentarán al peligro: este va en aumento cada día y acabará definitivamente con todo vestigio religioso, si los religiosos que sólo lo son de nombre, no hacen responder su religiosidad con los hechos.

Lo dicho por D. Salvador Majó, no tiene vuelta de hoja. La religión, puesta al servicio del Capital y de la Tiranía, ha sido la representación más genuina del Mal. Verdaderamente, el Sr. Majó tiene toda la razón, cuando se refiere a los enviados y los escogidos para predicar al pueblo, y a las multitudes unas nuevas doctrinas que las redimieran y las libertaran. Los representantes de la religión, no tan sólo no han cumplido con su deber, sino que su deber lo han conculcado torpe y hasta criminalmente.

Creemos conocer muy a fondo la religión de Cristo, y, por lo mismo, tenemos que confesar que ni la religión Católica ni la Protestante tienen en la práctica nada que ver con la Filosofía que predicó el Maestro de Galilea. La Religión Católica, con su latín, con su confesión, con su Papa, con su celibato, con su odio a la Libertad, con su purgatorio, con su apoyo a la Tiranía, con su idolatría y demás monsergas, nadie podrá afirmar en serio que sea la Religión Cristiana; la religión Protestante, con su horror al aspecto social del Evangelio, o sea a llevar a la práctica su esencia fraternal, hasta llegar a practicarlo, como hacían los Apóstoles y los cristianos primitivos, entre los cuales no se conocía lo mío y lo tuyo, pues *todos los bienes le eran comunes*, tampoco puede decirse que sea la Religión de Cristo.

Hay que combatir las religiones, siempre que éstas no se confundan con la Filosofía de Jesús, estampada en el Evangelio, que no siguen ni católicos ni protestantes.

Combatir por un igual la esencia del Cristianismo juntamente con las de las religiones, es una monstruosidad. El Cristianismo es altamente fraternal, igualitario, libertador y la quintaesencia de lo más sublime. El espíritu emancipador de la Sociología recibe directamente su vitalidad de la Filosofía de Cristo.

No confundamos deplorablemente los términos.

TÁNTALO.

En los siglos en que rueda el mundo, la Humanidad, este conglomerado de razas y de colectividades que viven y se agitan en el Universo en medio de sus adelantos y retrocesos, ha navegado siempre en el mar agitado de los prejuicios falsos y mezquinos y de los antagonismos absurdos que han sido el punto de partida de sus luchas más tremendas y sangrientas.

Con todo y el transcurso de los siglos, el alma del pueblo, sencilla y simple, ha estado siempre invadida de tinieblas, y he aquí el por qué en el espíritu de las multitudes no hayan imperado las ideas nobles y buenas, sino los fantasmas de los antagonismos absurdos y de las viejas creencias abstractas y podridas por la vejez y el polvo de la tradición.

Gracias a la ignorancia ancestral y atávica y a la intuición supersticiosa de las gentes, la Humanidad entera, los pueblos y las multitudes, han ido siempre a la deriva en el camino ascendente de su elevación, por causa de esos fantasmas de terror que encadenan y deprimen el espíritu y la conciencia libre, estas ideas falsas e hipócritas, feroces y sanguinarias, como son las religiones.

¡Las religiones! He aquí el veneno que pudre el corazón de los hombres de todas las razas del Universo y la corona de espinas que aflige a toda la Humanidad.

Al amparo de doctrinas absurdas las más, de desde tiempo inmemorial, las religiones se han apoderado de las multitudes y de su corazón sembrando en él la cizaña del fanatismo, la superstición, los malos sentimientos y con ellos los odios más omnívoros, en vez de los sentimientos del amor y de la fraternidad.

Constituidas sobre bases de falsedad y mentira, han sido siempre, no la escuela de la elevación moral del alma, sino la covacha de la depravación moral del alma, desde donde, coaccionándose las conciencias, se ha laborado, directa o indirectamente, para el embrutecimiento y la relajación del pueblo y de las multitudes.

En nombre de divinidades llenas de leyenda, se ha hecho de ellas bandera de las desenfadadas ambiciones y también escuela de crímenes y de robos, algunos de los cuales han estremecido al mundo.

No en vano la Historia, en casi todas sus páginas donde se describen todas las acciones y todas las grandes luchas que han conmovido a la Humanidad, se ve en ellas como a factor causante, las religiones, el dogma y el fanatismo engendrado por ellas.

Con todo y los anhelos de los hombres de ir siempre hacia adelante, las religiones han sido causa de que se pararan siempre a medio camino y marcharan para atrás. La esencia de todas ellas es conservadora y reaccionaria y sus principios contrarios a la libre expresión del pensamiento; han trabajado siempre para cohibir y encadenar el espíritu.

Sus ídolos falsos y corrompidos, y sus sacerdotes de la mentira, capaces de comerciar hasta con su propia sangre, no han querido nunca ser lo que verdaderamente tendrían que ser, esto es: los enviados y los escogidos para predicar al pueblo y a las multitudes unas nuevas doctrinas que le redimiera y libertara, sino para enriquecerse a costa de la ignorancia de la gente y de hundir, sin remordimiento, al pueblo en una noche de tinieblas sin fin.

«La religión es el opio del pueblo»; esta célebre frase de Lenin condensa todo el grito de combate de todos los hombres del día de pensar liberal que luchan con tesón para la redención de la Humanidad.

Se han de desvelar las conciencias y para desvelar las conciencias se ha de destruir la hidra de la religión en el alma del pueblo, porque ella, más que nada, es la que mantiene más intensas las tinieblas que llenan su espíritu y contribuyen con su obra nefasta al embrutecimiento del pueblo.

SALVADOR MAJÓ.

DIGNIFICA A LOS SUFRIDOS...

Dignifica a los sufridos del alma con el bálsamo de la suprema bondad. Así se yerguen los amargados del lecho de Procusto donde sufren...

Orientalos por los senderos de la felicidad, a las regiones donde se siente el amor y la alegría, donde uno se retempla de las crueles asechanzas del destino.

Consuélalos e incóntalos, con toda ternura a la existencia moral.

Bríndales, con toda tu alma, los ejemplos edificantes a los hombres... ¡Así sienten una dulzura, una armonía si quiera, ante su amargor!

Ten misericordia con los caídos, que mañana, si te esfuerzas, ellos serán los vencedores, y han de consagrarte, como triunfal corona de laureles, la ofrenda de sus palabras cariñosas, que, en horas inevitables te servirán de consuelo salvador.—OSCAR ALBERTO IBAR.

La Transformación Mundial

Nos encontramos en plena marcha de transformación del sistema político y social del mundo. Solamente podemos decir que nos encontramos en el principio, pero ya en todas las naciones el socialismo, con sus ramificaciones, se va imponiendo de día en día.

En Francia, cuando todo el mundo creía que ganarían las derechas, debido al triunfo de Hitler en Alemania, se ha sacado una gran mayoría de izquierda: entre radicales-socialistas, socialistas y comunistas, habrá en la Cámara Francesa 349 diputados. Este hecho, que en sí parece que no tenga importancia, será, sin duda, grandemente beneficioso para la tranquilidad política del mundo.

Es sabido que una lesión que se produzca en todo el sistema del mismo. Así una revolución que se lleve a cabo en un país, transcurrido cierto tiempo, repercute en otros países. Ejemplos tenemos de esta afirmación en toda la Historia de la Humanidad; citaremos solamente los más recientes: la Revolución Inglesa, la Francesa, que trajo los derechos del hombre y la muerte del feudalismo, y en el siglo actual la Rusa del año de 1918. Esta última es la que traerá el trastorno más grande; la fuerza de atracción de la misma, junto con la situación económica en que se encuentran todos los países, obligará a sacar copia de buena parte de lo que en aquel país se ha hecho. En los países de sistema capitalista, no obstante los esfuerzos que hacen sus gobiernos, no pueden sustraerse de esta atracción, y se ven obligados a tomar medidas socializantes, poniendo bajo el control del Estado la Banca, las grandes Industrias, etc. Y es que los pueblos ya están cansados del Sistema Capitalista. Ven que todo el paraíso ofrecido con tal sistema es mentira, que la Humanidad no se redime y que la realidad es otra. Los pueblos buscan con afán la forma política con la que, con un grado de humanidad mayor, puedan resolver el bienestar del hombre.

Estamos, pues, en el principio de la transformación social del mundo. Ya no podrá nadie interrumpir su marcha; estos anhelos de reivindicación de la Humanidad, despertados por la Revolución Rusa, ya no serán detenidos por nadie y no tardará mucho tiempo en que todo lo aprovechable de la misma será implantado en todos los ámbitos del mundo.

QUÍLEZ,

Nuestro Error

Los vigías intelectuales de la evolución social empiezan a darse cuenta del gran error de nuestra civilización, que consiste, principalmente, en dejarse arrastrar por el torbellino del maquinismo supeditándolo todo a la materia.

De todas partes le llegan, al hombre que vive alerta, avisos y señales advirtiéndole los peligros que nos amenazan. Voces dispersas coinciden en dar la voz de alarma. Si persistimos en hacer de la conquista de los bienes materiales la única finalidad de nuestra vida, puede asegurarse que la civilización actual toca a su fin.

El observador atento que tenga ocasión de convivir, y aun fraternizar, con hombres pertenecientes a todas las capas sociales, percibirá fácilmente la existencia de su única obsesión. Los de arriba viven pendientes, con un aterrador exclusivismo, de las oscilaciones de los negocios, hasta el punto de resultar imposible sostener con ellos una conversación que se desentienda de sus preocupaciones económicas.

Al escucharles, se tiene la sensación de que el vasto panorama del mundo, con todas sus bellezas, es un gran libro de «Caja» con el «Debe» y el «Haber» por únicos hemisferios. Del magno, diverso y cambiante espectáculo del vivir humano, solamente llega a impresionarles la variación de las divisas monetarias, y las oscilaciones de la moneda constituyen su única emoción.

Los que pertenecen a la capa social subsiguiente, no han resistido al contagio y se amargan la vida con el anhelo de escalar la cima de la posesión del dinero, convencidos de que en esas alturas reside el secreto de la felicidad.

Los humildes tampoco se conforman con su suerte y codician el falso paraíso con los dientes afilados por el odio.

Así la vida social es una zarabanda de ambiciones impulsada por un loco frenesí incesante. El torbellino infernal nos arrastra a todos, y todos danzamos al son del maldito metal.

Me hacía notar un amigo mío dilecto, viajero incansable y observador afinado, que en las grandes capitales, entregadas de lleno a la fiebre abrasadora de los negocios, se advierte la presencia de un aterrador tanto por ciento de hombres que van por la calle hablando solos. Son los aspirantes al manicomio o al suicidio. Son los pobres enfermos víctimas de la sed de oro que consume las entrañas del hombre de nuestro tiempo, a quienes cada fracaso económico o cada ilusión fallida les destroza los nervios. Son los galeotes de esa triste galera de la ambición suprema de nuestro siglo ciego que comparten con los pilotos y capitanes de la nave trágica—es decir: con los mismos domadores del éxito financiero—el dolor de no saber «a dónde vamos ni de dónde venimos» y «esa atroz amargura de no gustar de nada» que nos roe el alma como un gusano.

¡El alma!... ¿No será que hemos errado el rumbo de nuestras pobres vidas agitadas?... La materia ha conseguido ahogar el espíritu. Y, claro, hemos hecho fea esta vida que podría ser, que es, tan bella. Sin necesidad de ser un místico contemplativo, ni un asceta arrebatado, el hombre ha de recobrar el equilibrio entre su vida corporal y su vida espiritual. Tal vez tiendan a eso los cataclismos de todo orden que, en estos últimos tiempos, se suceden constantemente. Hay quien dice que estamos dejados de la mano de Dios. Será porque nosotros mismos nos hemos soltado de la mano divina. Nosotros, con nuestras ambiciones tan mezquinas y nuestras luchas despiadadas a ras de tierra. Nosotros mismos, al postrarnos ante el que «tiene», sin querernos fijar en el que «vale». El terrible refrán sarcástico «tanto tienes, tante vales», ha hecho imposible el florecimiento de innumerables valores espirituales latentes en el ser humano. Hemos sido educados a base del vil concepto y todos nuestros afanes han tendido más a «tener que a «valer». La experiencia nos ha demostrado que todas las adoraciones son para el becerro de oro, sin importar al adorador que el falso ídolo omnipotente carezca de valores espirituales ni que haya hecho trizas, para encumbrarse, los valores morales. Y esto es demoledor.

Esta falta de decoro espiritual ha desatado las más bajas ambiciones; ha desvalorizado las jerarquías; ha influido en la formación del político violento que aspira, a gritos, a arrasarlo existente, con la única finalidad de saciar su sed de venganza y ha ayudado a la formación de ese ser, amoral y anárquico, que, nombrándose verdugo a sí mismo, constituye la pesadilla de la sociedad que lo engendró.

Se impone un renacimiento del mérito. Y un restablecimiento de las jerarquías sociales a base del mérito. Hay que cerrar el ciclo de los audaces y de los improvisados, negándoles toda posibilidad de encumbramiento. En vez de curanderos, hombres de ciencia forjados en la tenacidad del esfuerzo. En vez de «vanguardistas», sin preparación—poetas, pintores escritores, músicos...—, dispuestos a hacer piruetas en la cuerda floja de la ingorancia de los bobinas, hombres de talento que hayan sometido su destreza a férreas disciplinas técnicas. En vez de proletarios, amarrados a la cadena envilecedora de la producción standardizada, artesanos enamorados de su oficio... Y, en vez de grotescos políticos aficionados, estadistas con sólida preparación suficiente y elevada solvencia moral.

Entonces la materia volverá a someterse al espíritu. El maquinismo será esclavo del cerebro. El aventurero de la especulación audaz tendrá que arriar velas. Y la obsesión que tortura a los siervos del oro será substituída por esa serie de preocupaciones de orden espiritual que dignifican la vida del hombre y son la compensación del trabajo cotidiano y de los inevitables sinsabores que trae consigo el vivir.

SANTIAGO VINARDELL.

PROPAGUE VD. "LA LUCHA"

EL PÁJARO ENJAULADO

¿Con qué derecho metéis a los pájaros en las jaulas? ¿Con qué derecho quitáis esos cantores de los bosques, de los manantiales, de los aires y de la aurora? ¿Con qué derecho robáis la vida a esos seres? ¿Creéis que Dios, que es su Padre, crea las alas para que las encerréis y las clavéis en los clavos de vuestras paredes? ¿Qué delito cometieron esos inocentes para que los encerréis con sus nidos?

¿Quién sabe de qué modo está unida su suerte con la vuestra? ¿Quién sabe si la servidumbre y la desgracia que infligís a los animales recaerán sobre vosotros? No olvidéis que en todas partes, donde se queja o llora un cautivo, Dios tiene fijos sus ojos. No seáis perversos. Poned en libertad todos los seres que habéis aprisionado, que vuelen por los campos los ruiseñores y los jilgueros. Las almas expiarán el daño que hacen a las alas. La invisible balanza de la Justicia tiene también dos platillos invisibles. No adornéis vuestras paredes con calabozos. De los enrejados de hilos de oro, salen las fuertes rejas de hierro. La siniestra pajarera es madre de las prisiones tenebrosas. ¡Respetad a los que pasan volando por los prados, las fuentes y los bosques!

El destino justo y cruel, arrebató a los hombres la libertad de que priva a los seres. Tenemos tiranos, porque nosotros también lo somos. Si queremos ser libres, no encarcelamos a los que tienen el mismo derecho que nosotros a la Libertad.

VÍCTOR HUGO.

Instantáneas

ITALIA SANGRIENTA.

La dictadura mussolinésca, está visto que quiere sobrepujar en crueldad al mismo Nerón. Cuando todo el mundo civilizado va ahuyentando al fantasma de la pena de muerte, el fascismo italiano está hartándose de sangre.

Según nos comunica el telégrafo, acaban de ser fusilados los dos antifascistas Sparvelotto y Bovone. La represión se encuentra en todo su auge en Italia y el terror en todo su apogeo. Todo lo que allí huele a liberal, es perseguido con ferocidad inaudita.

Preguntamos a la Sociedad de las Naciones, en vista de los fusilamientos que vienen sucediéndose en aquel malhadado país, sino se siente deshonrada, cuando a ella acuden los delegados que manda Italia.

DURO CON EL OBISPO DE SEGOVIA!

De «torpe concubinato» calificó el Obispo de Segovia el matrimonio civil, y el Ministro de Justicia, ni corto ni perezoso, le suspendió las temporalidades.

Y, con ser mucho, no sólo se contentó con insultar a los que no necesitamos para nada a la Iglesia, sino que en la pastoral excitó a sus feligreses a desobedecer las leyes del Estado.

La medida tomada por el Ministro de Justicia la consideramos floja, pues a un Obispo, que cobra del Estado espavol y va contra su régimen, lo menos que debería hacersele es confinarlo a Bata.

Francamente, creemos que el delito del Obispo de Segovia es más grave, por cometerlo quién lo cometió, que el realizado por los obreros deportados del Alto Llobregat.

SÍSIFO.

El Ateísmo en Acción

Los infusorios de Bartrina, en un desacostumbrado esfuerzo ocular que han hecho, han visto que había más mundo que el de su gota de agua, y se han dicho: ¡Que viene el coco!

En efecto: bajo el mismo título que encabeza estas líneas, hemos leído en el periódico *España Evangélica*, que se publica en Madrid, una excitación a su grey, ante los peligros de la ola materialista que lo va inundando todo.

¡A buena hora mangas verdes!

En el referido trabajo, se propone oponer a la avalancha un dique de... arena. ¡M'hacéis de reír, D. Gonzalo! ¡Quién va a creer en el dios de los protestantes ni en el de los católicos, si es un dios injusto que consiente que sus sacerdotes prediquen que haya ricos

y pobres, que haya castas y clases, que se declaren guerras en su nombre, que se ore pi-diéndole la victoria, aunque ésta signifique el aniquilamiento de sus semejantes, y que se canten himnos al dios de las batallas?

Para creer en un dios semejante, es preferible no creer en él.

Hoy por hoy, el Dios de las Bondades no se adora en los templos levantados por la mano del hombre, pues en tales templos sólo se rinde culto al Odio, a la Injusticia, a la Hipocresía, a la Mentira, a la Estupidez, a la Rutina y a la Farsa.

Para adorar al verdadero Dios, hay que ir al templo de la Naturaleza, sin otro sacerdote que el de la Conciencia. Sólo allí puede adorarse al Ser Supremo en Espíritu y en Verdad.

¿Cómo puede un verdadero cristiano conformarse y no protestar ante unos sacerdotes que hallan bien la explotación del hombre por el hombre y que no siguen ninguna de las fraternales en señanzas de Jesús?

La única valla eficaz contra el ateísmo es el Cristianismo Social, que es la religión de Cristo llevada a la práctica, en bien de todos los humanos, la que daría muestra patente al mundo de la vitalidad y potencialidad transformadora que entraña la filosofía contenida en el Evangelio, la que llevaría la paz, la fraternidad y la concordia a los hombres y a los pueblos, y ésta la detesta la casta sacerdotal, hechura del materializado Capitalismo.

Resignaos, protestantes y católicos, ante la invasión materialista, ya que tenéis empeño en rechazar el único remedio que podría libraros de ella. Puesto que vuestra es la culpa, por orgullosos y cobardes, conformaos con la pena que ella os depare.

CRITICÓN.

Historia de los Días

VI.

VIERNES

Es este el sexto día de la semana.

Viernes vale tanto como «Veneris dies», palabras latinas que significan «día de Venus», por estar este día consagrado a aquella diosa.

Hay un lucero de intenso resplandor que aparece por la mañana y la tarde, y que, de muy antiguo, ha sido designado con diversos nombres. Nosotros le llamamos el planeta Venus.

Recorriendo la mitología pagana, el nombre de Venus atrae especialmente nuestra atención, pues no es ya el nombre de un dios potente o sanguinario, sino el de una diosa bella y amable, en que los antiguos simbolizaban todos los encantos de la Naturaleza.

Los griegos la llamaron Afrodita, esto es, hija de la espuma, y su historia es bella como la diosa. Cuenta la leyenda que cuando Cronos mutiló a su padre arrojó al mar sus miembros, los cuales flotaron largo tiempo sobre las ondas. Alrededor de ellos formóse una blanca espuma, de la cual nació la diosa Venus. Una concha marina le sirvió de nave, que el céfiro hizo vagar sobre las ondas, impeliéndola al fin a las costas de Chipre, donde la recibieron unas ninfas que la condujeron triunfalmente al Olimpo, asentándola en un bello trono rodeado de nubes y resplandores.

Ella es la graciosa estrella matutina que alegra el alba y el lucero vespertino que aparece en el firmamento sobre los celajes del crepúsculo.

EL TEATRO DESNUDISTA

La Asociación de desnudistas del Ateneo trata de organizar una función de teatro desnudista. El señor Mínguez, conspicuo socio de esa entidad, le habló ayer del asunto a don Tirso Escudero.

—Pero actores y actrices—preguntó don Tirso—¿han de salir totalmente desnudos?

—Totalmente—confirmó el señor Mínguez.

—Entonces, la representación no tendrá lugar en el escenario, ¿verdad?

—¿Por qué?

—Porque lo lógico, ¿no le parece a usted?, es que tenga lugar en el paraíso.

Plumas Maestras

La Sociedad Presente

Nadie se atreverá a sostener que vivimos en el mejor de los mundos; nadie se arriesgará a afirmar que todo está perfectamente dispuesto. Por el contrario, todos convienen en que la actual organización social es insostenible. Porque, a menos de tener un corazón de bronce, ningún hombre puede mirar con desdén el dolor de sus semejantes.

Cuando nos dicen que hay seres que, mediante un salario miserable, trabajan doce horas en las entrañas de la tierra y agonizan y sufren, para extraer el carbón que pone en movimiento nuestras máquinas y alimenta el vientre rojo de nuestras cocinas;

Cuando sabemos que el hambre, vencedora de todos los escrupulos, obliga a una legión de madres infelices a abandonar su prole, a dejar de alimentar personalmente a sus propios hijos, para ir a engordar con su sangre a los hijos de los favorecidos de la suerte;

Cuando sabemos que la inmensa mayoría de los hombres vive, sufre, trabaja, da la savia toda de su cuerpo y de su espíritu, para que una pequeña minoría pueda gozar y triunfar en la abundancia;

Cuando comprendemos que mil atávicas supersticiones filosóficas, políticas y sociales retienen a la casi totalidad de los seres humanos en un estado inferior, atados a cosas cuyo valor es convencional y ficticio, llenos de vanidades, de odios, de desconfianzas y de ambiciones absurdas;

Cuando evidenciamos que en pleno siglo XX hay todavía gentes que perecen de hambre y de frío, mujeres desamparadas y afligidas que van a la cárcel por haber robado un pan para alimentar a sus pequeños y niños abandonados y llorosos que vagan sin hogar, a la ventura, solicitados por todas las tentaciones del crimen;

Cuando palpamos el montón de miseria, de lodo, de lágrimas y de injusticia que ha amontonado en torno nuestro el feroz ogotismo de los detentadores de la propiedad, es imposible contener un grito de indignación y dejar de formular una protesta.

No, no; la sociedad no estará bien organizada mientras haya gentes que sufran para que otros gocen, mientras haya quien carezca de lo indispensable y se vea obligado a vender su vigor por un mendrugo.

La sociedad no estará bien organizada mientras existan todas las trabas que hoy impiden el libre desenvolvimiento del ser humano, mientras la mujer sea una esclava y el obrero una bestia de labor.

La sociedad no estará bien organizada, mientras unos ayunen para que otros se atosiguen de manjares, mientras las gentes estén divididas en dos clases: una que vive para consumir y divertirse y otra para trabajar; una que no crea nada y disfruta de todo y otra que lo produce todo y no disfruta de nada.

MANUEL UGARTE.

La Oración del Huerto

...Y saliéndolo se fué, según su costumbre, al monte de las Olivas...

Y puesto de rodillas oró...

Diciendo: Padre, si quieres, pasa esta copa de mí, empero no se haga mi voluntad, mas la tuya.

Y estando en agonía, oraba más intensamente, y fué su sudor como gotas grandes de sangre, que descendían hasta la tierra.

(San Lucas, Cap. XXII, vers. 39, 41, 42, 44).

El Hombre del Dolor marcha en la sombra, como si fuera a perpetrar un crimen, y el viento negro que tras él se escombra ve que sus labios de pesar se oprimen, que hay en ellos un rictus que le asombra, el rictus de los labios que no gimen; que hay congostas que mafan en su abismo, tan homicidas como el hierro mismo.

La noche, como un gigantesco paño negro y triste en las pompas sepulcrales de un mundo, tiembla de un horror extraño. Como blandones de estos funerales, las estrellas se bañan en un baño de infinita tristeza en sus sitios y sus destellos pálidos o vivos lloran sobre la faz de los Olivos.

Y ese que va con paso cauteloso, como un fantasma que la sombra evoca, sin una queja, sin ningún sollozo, como una muda, impenetrable roca que tuviera la talla de un coloso, sin un acento que vibrar su boca, es el más grande que el planeta ha visto, el único entre todos, ese es Cristo.

Tenebrosa es la noche de la tierra; pero, lo es más la noche del Mesías, la finiebla que en su alma más se cierra poblada de millares de agonías.

La soledad más grande nunca aterra como esa de las almas, las impías desolaciones de las almas cumbres que no han sabido amar las muchedumbres.

Mirad que en tierra de rodillas ora, y, ante ese Hijo de Dios que se prosterna, la inmensa Creación, en esa hora solemne y única en la vida eterna, muda la inmensa Creación, implora. En su balanza pesa Dios la inferna, la enorme angustia de uno y otro abismo, y mira que las dos pesan lo mismo.

Es vuestro Redentor, mirad, esclavos, el que en las sombras de aquel Huerto siente la tempestad de sus dolores bravos; los oprimidos que lleváis la frente uncida al yugo, por los cuatro cabos del orbe, como el tardo buey paciente que en la cruel magnitud de su faena olvida hasta el rigor de su cadena.

¡Oh, vosotros que vais por los caminos de la cruz, los oprobios y las zarzas, carne que hienden los colmillos finos de los lobos sin hambre, las comparsas de histriones, lujuriosos y asesinos y que en los garfios del dolor te engarzas, carne y sangre apurad hasta las heces en todas las brutales embriaguéces!

Ved a Cristo que tiembla cual la hoja que un formidable vendaval golpea, ved que suda su sangre y se acongoja, con su alma que es un campo de pelea donde la espada es más hiriente y roja, porque la herida al viento no se orea, donde el recio clarín de la batalla incansable y tenaz nunca se calla.

El Cristo tiembla, tiembla como un mundo que va a cambiarse en sol desde los cielos para alumbrar hasta lo más profundo: sol de paz y de amor y de consuelo.

Sobre el tiempo caduco y moribundo se alza este sol desde sus grandes duelos en la frente de todas las conciencias, de naciones, de siglos y creencias.

Y ora para que al fin esto concluya, para que toda iniquidad se acabe, para que el hombre, para dicha suya, sólo en las fuentes del amor se lave; ora para que toda tierra fluya leche y miel de Bondad, para que el grave cejijunto Rencor ya no presida esta breve jornada de la Vida.

Él va a morir para que al fin el orbe no sea un lodazal ni un cementerio, para que, hermanos todos, nada estorbe a cada uno disfrutar su imperio, porque la tierra que el sudor absorbe, como un santo y fecundo refrigerio debe ser para aquel que la fecunda, sin siervos, ni inquilinos, ni coyunda.

Ora Cristo y lo miran desde arriba, como unos ojos en la faz de un muerto, las lívidas estrellas, y la viva angustia de Jesús crece en el Huerto, en donde es un fantasma cada oliva. Como si fuera desde un caño abierto, el divino sudor corre a la tierra, y Cristo desfallece, ora y se aterra.

Es que mira la noche, misteriosa, más allá de su trágico Calvario, toda esa negra noche que se esloza con el tremendo horror de un milenarismo; mira en todas las manos una esposa o el puñal más sediento y sanguinario, que se acrecienta más y más se ufana la larga estirpe de la fiera humana.

Y ante sus ojos que nubló la lluvia del llanto más amargo y más salobre, pasan como panteras de la Nubia los que odian al que es bueno y al que es pobre; los que se yerguen más cuando diluvia la Maldad que hace al mundo que zozobre, los que visten de púrpura y encaje mientras tiritan el pobre aunque trabaje.

Y, entonces, su agonía es más intensa, pues sabe que su sangre ni a torrentes lavará los pecados, la vergüenza de los que hundieron en el Mal sus frentes; y el Hombre del Dolor lloroso piensa que siempre se verá de entre las gentes con la Bondad proscrita y abatida sólo el triunfo del Mal, ¡sólo! en la Vida.

...Y van ya veinte siglos, la plegaria del Cristo se ha perdido en el vacío; al pico de los buitres, solitaria, lanzaron la Virtud muerta de frío; de cada alma de Amor han hecho un paria, y un torvo semidiós de cada impío, y en la cima de todos los Calvarios dan su risa brutal los presidiarios.

Si el Cristo de Bondad no pudo nada, hay que esperar acaso alguno nuevo que venga con la antorcha y con la espada, con la legión que vomitó el Erebo, que aniquile como una llamarada, que sea como un trágico renuevo de aquel que toda la barbarie enfila: un Cristo de Odios como fuera Atila.

Higiene Mental y Sugestiva

Hablamos mucho y buscamos muchos remedios y consultamos a los más expertos acerca de las enfermedades de nuestro cuerpo, pero ¿cuántos de nosotros pensamos en las dolencias y defectos de la vida mental? Y no obstante esta vida mental está sujeta a enfermedades, a convalecencias y a accidentes muy notables. ¿Cuántas veces podríamos aumentar la potencialidad y eficiencia de nuestra mente con sólo estudiarla y evitando aquello que ya sabemos por experiencia nos causa distracciones, engendra preocupaciones y produce molestias?

¡De cuántas tristezas nos veríamos libres, de cuántos sinsabores nos preservaríamos y cómo podríamos evitar hasta muchas dolencias físicas con sólo conservar una mente serena, atenta, constante e interesada en aquello a que nos destina o la naturaleza o la profesión o las circunstancias sociales especiales en que vivimos!

Entre los medios más recomendables para una buena higiene mental, ocupa lugar preferente la auto-sugestión. Vamos apreciando cada vez más y más que todo hombre es capaz de muchísimas más cosas de las que hace, si supiera aprovechar sus energías latentes, actualizarlas y encauzarlas; se necesita trabajar con entusiasmo perseverante para que el trabajo produzca los resultados apetecidos, pero ¿cómo despertar y mantener este entusiasmo? He ahí el secreto y he ahí donde puede muy bien funcionar con excelente efecto la buena auto-sugestión.

Las horas más apropiadas para esta auto-sugestión son los primeros momentos al despertar y los primeros momentos antes de conciliar el sueño al acostarnos. Existe, por decirlo así, como una especie de incubación mental que hace que las últimas ideas, sobre todo, si pusimos nuestra voluntad en ellas antes de acostarnos, sean las que con más poder, claridad y calor resurjan de ordinario al despertarnos. Si añadimos la práctica de la auto-sugestión como el primer paso de nuestra tarea diaria al levantarnos, entonces la potencialidad y eficacia de la auto-sugestión se acrecienta de un modo considerable. Uno, pues, de los ejercicios más prácticos de higiene mental, es tener un plan definido de nuestra vida, mirar claramente el objetivo particular de este plan para cada día y al acostarnos proponernos, antes de ser dominados por el sueño: «mañana voy a hacer esto o aquello y lo voy a hacer con toda la perfección, con todo el entusiasmo y con todo el gusto de que soy capaz.» A la mañana tan pronto como nos demos cuenta de que estamos despiertos, repetir con la mayor energía posible de la voluntad las mismas palabras.

Todo aquel que se habitúe a estas dos prácticas sumamente sencillas encontrará muy pronto que su potencialidad intelectual y su capacidad para obrar de un modo constante, placentero y eficaz, han sido aumentadas muy considerablemente.

ADDINGTON BRUCE.

Voces de Ultratumba

JESÚS ANTE EL MICRÓFONO.

V.

Radio-oyentes de habla española: Aquí me tenéis de nuevo, para continuar ilustrándoos sobre la interpretación que debe darse a mi Filosofía. Y ved ahí que ahora, de súbito, se me ocurre una cosa que hace tiempo tenía en mi mente para comunicárosla, y es la de que, hablándoos en español, son muchos millones que no podrán entenderme, a pesar de estar tan interesados como vosotros en la gran cuestión que me propongo debatir. Entre las muchas canalladas que han cometido los poderosos de la Tierra, para mejor explotar a la sufrida especie humana, figura la de mantener la confusión de lenguas. Mas ya esto toca a su fin. Pronto la maravillosa lengua internacional Ido, la más perfecta de todas cuantas se han inventado, será del dominio universal, y con ello la Tiranía se verá forzada a abandonar uno de sus más poderosos baluartes. Aprended todos el Ido, pues él constituye uno de los medios más eficaces para conquistar la emancipación de los seres humanos. El Espíritu Santo concedió el don de lenguas a muchos de mis primitivos adeptos. Esto podéis leerlo en «Los Hechos de los Apóstoles»: «Y comenzaron a hablar en varias lenguas, como el Espíritu les daba que hablasen». Esto, como aquello que también se encuentra en el mismo libro: «...y ninguno decía ser suyo algo de lo que poseía; mas todas las cosas les eran comunes», ya no ocurre, como otras muchas cosas extraordinarias que acontecían en mis buenos tiempos y en tiempos de mis Apóstoles y Discípulos. Los que ahora se llaman mis adeptos, sin que esto quiera decir que lo sean, no recapacitan sobre tales cosas, y es porque su fe no es la que yo inculqué. Decir ahora que los bienes han de ser comunes, constituye una gran herejía que, si los tiempos se prestaran para ello, sería suficiente para que uno fuese conducido a la hoguera. Ahora, ciertamente, no se conduce a la hoguera, pero se deporta y encarcela sin grandes escrúpulos. Y los que se dicen mis adeptos encuentran la cosa más natural que haya las grandes desigualdades que existen, cuando yo dije: «Ama a tu prójimo como a tí mismo». Todo progresa en el mundo, y aunque yo mismo tengo el don de lenguas, sin signos gráficos, pues que me comunico a voluntad con los humanos de todos los continentes y de todas las latitudes, propugno para que haya una lengua universal, por medio de la cual se entiendan todos los hombres de la Tierra, y ésta debe ser el Ido, la más fácil y perfecta de todas las lenguas mecánicas.

Y ya entremos de lleno en la materia que más me interesa poner en claro, o sea la de ir demostrando el aspecto social de mi Filosofía, que los que se han contituído en doctores de la misma se empeñan en desfigurar, tergiversar y en no seguir, procurando, además, que nadie la siga, con lo cual el mundo se ha convertido en un campo de Agramante, cuyas consecuencias han de ser funestas para la Humanidad, si no se puede lograr que se imponga el buen sentido.

Es obvio decir que mi aparición en la Tierra fué un plan expresamente preconcebido y meticulosamente preparado. Como sabéis, fué presentado y profetizado por muchas mentalidades clarividentes. Todo se cumplió al pie de la letra. Pero, una vez desaparecido carnalmente de la Tierra, hombres, con la más grande impudicia, han puesto todo su empeño en destruir mi obra libertadora, con la única finalidad de servir los intereses de la Tiranía, y, por ende, sometiendo a la Humanidad a un ignominioso yugo de esclavitud, cosa totalmente opuesta a lo que yo prediqué y a mis generosas aspiraciones.

Vosotros no olvidáis mi descendencia regia; mas yo fui siempre humilde. No fui a nacer en la capital del Imperio, sino en un mísero establo de la ciudad de Belén; no fui a nacer en la suntuosa morada del César de aquella época, sino que mi niñez transcurrió en una modesta carpintería del humilde pueblo de Nazaret. Yo fui un perfecto hijo del Pueblo que conoció la desnudez y la escasez en todos sentidos. Cuando mi edad y mis fuerzas lo consintieron, empuñé la sierra, la garlopa, la escuadra y el escoplo, con cuyos instrumentos y con el sudor de mi frente contribuí a mi sustento y al de mi familia. En nuestro modesto taller de carpintería, acudían muchos a contarme sus cuitas y las injusticias de que eran objeto, cuitas e injusticias que hacían sangrar mi corazón; yo prodigaba todos mis consuelos a los menesterosos y a los afligidos y les hacía concebir la esperanza de mejores días. El taller fué mi universidad y allí forjé mi Filosofía, que fué a desparramar por las aldeas de Palestina, tan pronto me creí suficientemente preparado para ello y consideré el momento oportuno.

Ya comprenderéis, por lo que os dejo dicho, que mi Filosofía era de redención, no sólo de las almas, sino también de los cuerpos. Mas como hay empeño, y grande, en propalar que mi misión sólo iba dirigida a la salvación de las almas, me interesa deshacer tal error, lo que haré en sucesivas audiciones.

JESÚS DE NAZARET.

(Por la retransmisión, PROMETEO).

“El Cristianismo Social”

Comprad este valiente libro. Él pone de manifiesto la gran discrepancia existente entre las redentoras doctrinas del Mártir del Gólgota y los que, amparados en la sombra de la Cruz, perpetúan la explotación del hombre por el hombre.

El Cristianismo no ha fracasado como ideal emancipador; sólo está desacreditado por los que pomposamente se titulan sus representantes, que no han titubeado en prevaricar ante el fulgor del oro de los poderosos.

En el «Cristianismo Social» se expone un plan perfectamente viable que, de llevarse a la práctica, resolvería, sin trastorno alguno e inmediatamente, el pavoroso Problema Social. Un pequeño Grupo está laborando para hacer la prueba. ¿Quiere V.

formar parte de él. Lea antes «El Cristianismo Social», con cuya lectura quedará bastante orientado.

Un tomo de 256 páginas de apretado texto, 4 pesetas. 10 ejemplares, 20 pesetas, portes francos. Pago adelantado.

La Colmena

(Conclusión).

* * *

El Consejo supremo de la colonia en cuestión se reunió: la discusión fué ruidosa; desde fuera se oía la voz grave de los ancianos que parecía calmar el ardor de los jóvenes; pero el resultado de la deliberación permaneció, no obstante, secreto... al menos durante algún tiempo.

Un observador sagaz hubiera podido encontrar un cambio sensible en el aspecto de los miembros de aquella colonia: celebrábase conciliábulo en todos los rincones; corrían emisarios de grupo en grupo, como si llevasen un santo y seña; las abejas lanzaban miradas oblicuas sobre las sociedades vecinas. En resumen: ponían cara de conspiradoras, y, en efecto, conspiraban.

Bien se vió, por desgracia, pocos días después: reunidas en falange cerrada, las abejas conjuradas se precipitaron sobre las confiadas trabajadoras de las sociedades limítrofes, las asesinaron sin piedad, atravesándolas con sus aguijones acerados, hasta con increíble refinamiento de crueldad, y, apoderándose de sus panales, se instalaron allí como en país conquistado.

La emoción causada por aquel suceso en toda la gruta fué terrible: cada colonia, temiendo ser víctima de un atentado semejante, miró con desconfianza a las colonias vecinas, y, como es consiguiente, desapareció la paz y la tranquilidad de los tiempos pasados; la confianza, fundada sobre la lealtad y la buena fe, cedió el puesto a la suspicacia y a la sospecha, bien legítima, confesémoslo ingenuamente. Las obreras no se atrevían a salir, temerosas de que en su ausencia se presentase una banda de ladrones, las despojase toda la miel y a su vuelta les prohibiese la entrada en sus dominios, en su patria, como ellas llamaban su casa de cera. En vez de salir cada mañana tranquilamente como antes a la recolección de sus materiales, montaban todas la guardia en estado constantemente febril alrededor de sus economías.

Pronto pudieron darse cuenta de que si nadie trabajaba, todo el mundo corría el riesgo de morir de hambre en breve plazo, y entonces se crearon ejércitos permanentes especialmente encargados de velar por la seguridad de todos.

El remedio fué casi peor que la enfermedad; porque esos ejércitos se componían necesariamente de los individuos más activos, jóvenes y vigorosos que, armados hasta las mandíbulas, con el aguijón a punto de salir de su vaina, pasaban el tiempo en ociosidad completa, ocupados como estaban únicamente en pasearse con aire amenazador a lo largo de las fronteras.

Las abejas más viejas, débiles y achacosas, se vieron obligadas a llevar solas la carga del trabajo y a proveer al sustento de toda la colonia, y, como se comprende fácilmente,

tan importante tarea, cumplida por tales obreras, adelantaba poco, y pronto la miseria negra sucedió en cada colonia a la prosperidad del tiempo pasado.

Los ejércitos permanentes, reducidos ya por la miseria, las enfermedades y la guerra, continuaron con aire arrogante insoportable a amigos y enemigos, la vida militar; pero ya no guardaban ni defendían más que ruinas y miserias: los panales estaban casi vacíos y las madres no querían poner ya, hartas de dar al mundo desgraciados para servir de carne de aguijón y de víctimas en aquellas fatales guerras.

Conmovida por aquel lamentable estado de cosas, la madre-abeja, fundadora de la primera colonia, y que había llegado a los límites de la vejez, a lo menos tenía tres años y medio, a pesar de su edad y de sus achaques, recorrió todas las colonias predicando la reconciliación.

Sus esfuerzos no fueron estériles; aun dominó un resto de buen sentido, y se convocó un congreso del que fué nombrada presidenta.

En aquella asamblea se levantó penosamente a causa de una esciática que padecía en la tercera pata, tosió, tomó un poquito de miel y habló de esta manera:

—«¡Hijos míos! ¿Qué significan esos regimientos, esas armas y ese aparato mortífero? ¿No os desengañáis, al fin, de que lo que nos arruina y nos pierde es esa desconfianza recíproca en que viven gentes de la misma raza, y que, en lugar de destruirse mutuamente, lo que deben hacer es amarse y ayudarse con fraternidad?»

«Tenéis jóvenes vigorosas y los empleáis en ese oficio improductivo y desmoralizador que consiste en montar la guardia en lo que llamáis vuestras fronteras, y en preparar la muerte, cuando deberían ocuparse exclusivamente en fomentar la vida.

«Devolved todas esas patas, actualmente inútiles, al trabajo, al trabajo bendito, al trabajo que fortifica, moraliza y eleva, y en vez de fortificar vuestras fronteras y prohibir su aproximación, allanadlas.

«Que toda esta gruta, unida en un mismo sentimiento de solidaridad y de amor, no forme más que una sola familia, y pronto recobraréis la antigua y perdida prosperidad.

«¿Decís que eso no os da el sitio que os falta?»

«¿Faltan acaso grutas en la comarca? ¿Es la nuestra la única que existe en el mundo?»

«Por mi parte, conozco una muy cerca de aquí, capaz para contener una población diez veces mayor que la nuestra.

«En lugar de enseñar a nuestra juventud a destruir a sus semejantes, enviémosla a colonizar esa gruta; comprometámosla a fundar en ella una sociedad pacífica sobre el modelo de la que nos ha servido de punto de partida, una sociedad de trabajadoras, unidos en la fraternidad, la solidaridad y la paz. He dicho.»

La emoción causada en el congreso por aquel discurso, fué

grandiosamente sublime. El entusiasmo hizo sentir la alegría de la posesión de la verdad vivificante y del rechazo del error abominable y mortífero, y, en señal de gratitud pasearon, en triunfo a la anciana portavoz de la sabiduría.

A continuación, en honroso arranque de bondad fraternal, derribaron las fortificaciones fronterizas; todas se abrazaron con transportes de alegría, y se dedicaron al trabajo con nuevo ardor, multiplicado por el deseo de reparar los males causados por tantas semanas de guerras fratricidas.

El resultado no se hizo esperar: las abejas, unidas, enseñadas por cruel experiencia, renunciaron a la criminal creencia de que la gloria de la guerra es la más bella de todas las glorias, y sólo honraron al trabajo.

G. COLOMB.

“LABORO”

Como podría parecer extraño a nuestros lectores que en este número no se publique la *Sección Idista*, nos creemos en el deber de hacer público que no se inserta, porque se están haciendo los preparativos para publicar, desde el número 19, *Laboro*, cuyos originales están ya en nuestro poder, que ocupará la última página de este periódico.

Laboro será dirigido por el profesor titular de Ido D. Pedro Marcilla, tan conocido de nuestros lectores.

De momento, *Laboro* sólo se publicará cada veinte días, esperando que, tan pronto como *LA LUCHA* se pueda publicar semanalmente, cosa que se hará así que podamos aumentar en 1000 ejemplares más el tiraje, se publicará más a menudo, quizá también cada semana.

El Sr. Marcilla, verdadero apóstol del Ido en España, hombre de una envidiable cultura y de una voluntad férrea en la realización de sus proyectos, se propone hacer de *Laboro* una publicación de gran empuje entre las razas ibero-americanas, a fin de que el Ido tome el incremento de que es acreedor, principalmente en España, Portugal y América. El Sr. Marcilla, que domina varias lenguas europeas, es la persona más indicada, por su perfecta preparación intelectual, para la labor que se propone llevar a término. Es de esperar que todos le ayudaremos en su altruista y desinteresada empresa, a fin de que sus generosas ilusiones no se vean defraudadas.

Laboro reunirá las condiciones necesarias para el aprendizaje completo del Ido. Además de sus interesantes editoriales, Don Pedro Marcilla continuará la publicación de la traducción de la *Gramatiko Detaloza* y unas *Lecciones Prácticas de Ido*, preparadas por él para el español. Piensa solicitar colaboración de varios profesores de Ido de diversos países, con cuya amistad se honra, por mediación de los cuales podrá darnos interesantes noticias, proporcionándonos la traducción de curiosidades, literatura regeneradora, anécdotas, biografías, costumbres, historias y otras cosas hasta ahora desconocidas por nosotros, con lo cual nos demostrará la utilidad del Ido.

Interesémonos todos por *Laboro*, pues nos proporcionará los elementos indispensables para hablar y escribir con perfección la maravillosa lengua internacional Ido.

¡Atención!

Nuestros paqueteros recibirán, junto con el paquete del presente número, un *Estado de Cuentas* que alcanza hasta el final del primer semestre del año actual, a fin de que todos sepamos dónde nos encontramos, con respecto a las cuentas.

Rogamos a los que estén muy atrasados se pongan al corriente de pago a la mayor brevedad, pues hemos hecho nuevo encargo de papel para el periódico y cada pedido nos cuesta una porrada de pesetas, que actualmente se encuentran en poder de nuestros paqueteros.